

Materialismo y espiritualismo

Es bien posible que acertara Osvando Spengler cuando inventó el término, "hombre-fáustico", para designar a la humanidad de estos últimos siglos, dotada, como el Fausto de Goethe, de dos opuestas maneras de pensar, que a la continua pugnan y batallan el interior mismo del sér.

Oigamos, si nó, al propio Spengler, en uno de los pasajes de "De la Decadencia de Occidente" no oscurecido por el abuso de palabras enrevesadas y del todo extrañas al lenguaje vulgar. En efecto, para él el hombre de nuestros días se divide en dos clases. Unos están dotados, de lo que él llama "la superficialidad inteligente"; no le quedan a ellos, de cuanto constituyó en otro tiempo la verdadera cultura humana, sino unos cuantos hechos sociales, que en último término pueden reducirse a una simple cuestión económica. No hay en esta teoría nada sólido; ni aun siquiera tiene ella "la mística grandeza, que acompañó a los coros de Equilo". Frente a esta clase de hombres materiales, hay otra, que Spengler trata con desprecio; expuesta está ella a sucumbir, abrumada por el exceso mismo de sus intrincadas ideologías; vive tan sólo consagrada al culto por las letras clásicas y orgullosamente desprecia el estudio concienzudo de los problemas de la hora presente. (1)

Constituyen la primera categoría, los políticos, los ecologistas, los escritores consagrados al periodismo y sobre todo las multitudes ignoras, que en frase gráfica, aunque extraña al habla castellana, llamó Ortega y Gasset el "hombre-masa". La otra especie de hombres, reducidos en número, está formada por los que viven aun consagrados al culto de las ideas puras e indiferentes a los sucesos políticos, económicos o sociales. Los primeros representan la mayoría numérica; los segundos son, y han sido siempre,

(1) Spengler, Osvando, *La Decadencia de Occidente*, ver, esp. Madrid, 1925 vol. 1º, pág. 48.

minoría. Importa, para nuestro estudio, conocerlos e imparcialmente juzgarlos.

Cosa manifiesta es que hoy no pocos hombres andan como Fausto cansados con toda suerte de filosofías; como él, se dicen, tediosos de toda doctrina: "Carezco de bienes y caudales, de honores y grandezas humanas; ni aun el perro mismo quisiera llevar la vida que yo lastimosamente arrastro"; como él, dispuestos están a ver todas sus ideas por unos cuantos dineros y no pocos placeres; les vemos por doquiera, en calles y plazas, en cafetines y teatros, afanosos tan sólo de sus negociaciones. Es ésta una de las caretas del "hombre-fáustico"; la otra está muy lejos de haberse esfumado ya que el hombre de ideas, el filósofo, el amigo y enamorado de la sabiduría, no sólo vive en medio de nosotros, sino que, cosa sorprendente, anda a la fecha empeñado en restaurar la metafísica, tal como la entendieron los antiguos.

Oscila, pues, el "hombre-fáustico" entre la filosofía y la economía, entre lo material y lo espiritual, a la verdad, ninguna de estas dos maneras de ser vienen a constituir novedad alguna, ya que San Pablo en los comienzos de nuestra era admitió la distinción entre el hombre *psíkkikos* terreno y el *pneumátikos* o espiritual. Siempre ha habido hombres que sólo tienen afanes económicos; otros en cambio, por cierto los menos, dotados están de una inquietud que nos atrevemos a llamar vertical. Cuál de los dos hombres haya a la postre de triunfar será cosa que investigaremos en este artículo.

Menester es convenir que forman hoy una verdadera multitud, diseminada por todo el orbe, los que buscan tan sólo para el mundo soluciones económicas por medio de una acertada distribución de riquezas. Impera, impuesta por la fuerza esta doctrina en Rusia; se agita con rara violencia en la guerra española, que ha dejado de ser meramente civil, para trocarse, por obra de esta doctrina, en internacional; predomina, por el momento, en la política francesa; tiene defensores audaces aun en los países aparentemente más apartados de esta lucha, e intenta influir de manera eficaz en los destinos de América. Este "hombre-masa" se nos muestra por doquiera dotado de unas mismas tendencias; profesa en todo el mundo, idénticos propósitos; defiende una especie de filosofía, a la verdad pobre y enteca, por medio del llamado materialismo histórico, que reduce todos los hechos humanos a simples problemas de

economía. Tiene una misma política, consistente en revolver y agitar entre sí las diversas clases sociales, para mantener viva la lucha, de la cual espera esta doctrina su triunfo final. Tiene una misma doctrina económica y nunca se le caen de los labios las sacramentales palabras de "Valor en uso", "valor en cambio" y "supervalía". Esta clase de hombres han jurado fe en un solo maestro, que es Marx; creen en un solo libro: "el Capital". En su anhelo por realizar una verdadera unidad internacional, llegan a los más nimios detalles: aspiran a usar una misma indumentaria; se empeñan en llamarse por doquiera camaradas; designan sus diversas asociaciones con letras mayúsculas, como si se tratara de algún problema algebraico; poseen, en todas partes periódicos del todo semejantes, y hasta en sus insignias, se muestran empedernidos imitadores de Rusia. Comparado con este movimiento comunista resultan locales y momentáneas todas las demás revoluciones que la humanidad ha padecido. Esta la supera a todas en violencia, en el fanatismo de sus adeptos y en la universalidad misma.

Frente a estos proletarios rebeldes y a unos tantos economistas y abogados de provincia, que por ambición les gobiernan y dirigen, se levantan las más diversas ideologías políticas, económicas y sociales. A primera vista parece que en esta lucha de clases nada tenga que ver el filósofo y sin embargo, la filosofía modela la otra careta del "hombre-fáustico". Raro caso, en efecto, es que este siglo que habrá de llamarse el del comunismo internacional, sea, al propio tiempo el de la metafísica. Porque nunca, después de la Edad Media, ha habido en la humanidad una afición tan apasionada por la metafísica, como en nuestros días.

Conspiraron, en los tiempos anteriores, contra ella las más opuestas doctrinas filosóficas. Kant, enamorado, como pocos, de la razón pura, encastillado dentro de una inteligencia solitaria, se encargó sin embargo, de arruinar, por medio de un escepticismo trascendental, la metafísica, que él parecía tener en tan grande estima; las sutilezas dialécticas de Hegel hicieron que no pocos le cobraran ojeriza a la metafísica; Augusto Comte sólo vio en la filosofía un compendio sistematizado de las ciencias, y el empirismo inglés pudo vanagloriarse en su época de haber destruido esos ensueños metafísicos, que él tuvo por meros ídolos, dignos de arrojarse a las tinieblas exteriores. Con estos ingredientes que, aisladamente o unidos entre sí, vinieron a

constituir verdaderos venenos para el pensamiento filosófico, hubo de luchar la moderna filosofía. Halló ella al enemigo en su propia casa, y hubo de batallar al propio tiempo contra el materialismo histórico, que pretendía reducir los afanes del hombre al horizonte de este mundo. Pero que estas filosofías nuevas hayan a la postre de triunfar, cosa es que no admite, con la historia en la mano, la menor duda.

Para darnos cuenta de la importancia de este retorno a la metafísica, séanos permitido evocar un movimiento meramente religioso, acaecido en Inglaterra, a mediados de la pasada centuria. Gobernaba la Reina Victoria; la economía individualista de Smith aumentaba la producción de las riquezas y el Imperio Británico dilataba por todo el mundo sus dominios; luchaban entre sí librecambistas y proteccionistas. Mientras tanto, allá en la quietud de los claustros de Oxford se agitaba en la mente de algunos doctores anglicanos, una revolución religiosa. No tomaron parte en ella, de modo directo, los católicos; la lucha no salió inicialmente del seno mismo de la Universidad; pero un día, la ruidosa conversión del doctor Newman al catolicismo, produjo el portentoso hecho del renacimiento del catolicismo en Inglaterra; un soplo de espiritualidad pasó por doquiera y las almas se levantaron a alturas no conocidas, desde el siglo XVI, para aquellos ingleses, empecinados en las solas doctrinas de Bacon.

Algo semejante está ocurriendo hoy en las universidades francesas. Mientras en las calles y en el Parlamento, lucha el Frente Popular: en las universidades se nota un retorno fervido a favor de la pura metafísica. Como en Oxford, han aparecido por doquiera doctores, que desde muy apartadas teorías, vuelven su mirada a la metafísica, que el mundo secular había echado en olvido. Ciertamente, no es un creyente ni cosa que se le parezca Luis Bréhier y sin embargo, por medio de él ha vuelto a oírse en la Universidad de París, la voz de aquel doctor que hace ya siglos la ennoblecía con sus doctrinas y que se llama en el catálogo de los santos Tomás de Aquino. Mal pueden satisfacernos a los filósofos católicos las pocas páginas que al Santo consagra Bréhier en su historia de la filosofía; pero no podemos menos de alegrarnos que sea precisamente Bréhier quien hable con elogio del Aquinate. Por cierto, no es Andrés Lalonde un metafísico, a estilo de los escolásticos; pe-

ro al revivir la doctrina de Descartes, al exponerla en sus más variados matices, nos trae a la memoria un período glorioso de la filosofía católica en Francia. El intelectualismo de Henri Bergson no se parece al de Santo Tomás y antes bien, por no pocos aspectos se le opone; pero es menester convenir en que la doctrina del más afamado de los filósofos franceses de hoy, entraña, como él mismo lo ha confesado en más de una ocasión, un resurgimiento de la metafísica; Bergson ha levantado a su manera el espiritualismo contra el materialismo de la hora presente; ha proclamado la existencia de la libertad contra el determinismo y ha defendido un Dios personal, contra el ateísmo práctico de los positivistas y contra el panteísmo nebuloso de los alemanes. Y en todo ello nótase, al lado de la pública y callejera revolución del comunismo, una más honda y de más alto significado en las universidades.

Hemos probado describir los dos aspectos contradictorios del "hombre-fáustico" y hemos visto cómo ama él a la vez los bienes materiales y persigue con afán lo espiritual; réstanos saber si esa lucha ha existido en otros tiempos e inquirir cuál de los dos aspectos del hombre haya en otros períodos de la historia predominado.

Tengo para mí que siempre, como nos lo atestigua la historia, ha terminado por vencer lo espiritual sobre lo material. Para persuadirnos de esta verdad pongamos, en primer término, el ejemplo mismo de Cristo, que en todo tiempo será señalado modelo de humanidad. En su lucha en contra de los doctores de la ley, fue inicialmente vencido, por la codicia e hipocresía de los fariseos; pero en su muerte está, como él mismo lo dijo, el triunfo de las ideas cristianas. En el extremo opuesto del pueblo judío, se encuentra el griego, cuya alma apolínea, según Spengler, no bastó para impedir el ignominioso proceso contra Sócrates; el pueblo ateniense, como la plebe del más materialista que pueda hallarse en las naciones modernas, condenó, sin razón, al justo, y sin embargo, esa sentencia fue el acta misma donde vino a registrarse la aparición del espiritualismo helénico. Otro día, bárbaros y orientales, carentes unos de toda espiritualidad; dominados otros, por lo que Spengler llamó el alma mítica, se lanzaron, desde diversos puntos, a la conquista del mundo greco-romano; al tremendo conjuro del materialismo, convertido en hordas y de los orientales, deseosos de vengar la injuria que Alejan-

dro les había hecho al pretender helenizarlos, cayeron, hechos pedazos los mármoles del Partenón; pero en esa lucha contra Grecia, lo espiritual no desapareció, se desplazó tan sólo, para buscar otros sitios más propicios.

Siempre me ha llamado la atención el caso de Aristóteles, maestro de Alejandro y empedernido admirador de las constituciones políticas de buena parte de las ciudades helénicas; dotado, como la mayor parte de los escritores griegos de aquella bellísima virtud, que ellos llamaron la divina *sophrosyne*; gustó siempre del justo medio, en todas las doctrinas y no obstante, desaparecido el poder político de Grecia, emigró, por medio de sus obras, a pueblos que parecían contradecir con sus hechos ese justo medio, que él había defendido, y fue a enseñar sus filosofías a las almas más místicas de la antigüedad, a los árabes; buscó una Europa semi bárbara para que ella prolongara sus doctrinas a todo lo largo de los siglos. Tuvo el raro privilegio de haber sido enseñado a la vez en Bagdad y en París, en el Cairo y en Salamanca. Unió en el ideal de un mismo culto por sus filosofías, a los partidarios del Islam y del cristianismo, tan antagónicos en todo lo demás, y al través de sus obras se ha perpetuado en todas las edades.

¿Qué nos prueba todo ello si no es el triunfo constante de lo espiritual sobre lo material? Si hoy no ocurre otro tanto, ello se debe a que la filosofía de las universidades, aun no llega a gobernar a los hombres. Dijo esto mismo en su lenguaje, poco castizo, pero preñado de ideas, el propio Ortega y Gasset cuando afirmó lo siguiente:

“En una buena ordenación de las cosas públicas, la masa es lo que no actúa por sí mismo. Tal es su misión. Ha venido al mundo para ser dirigida, influída, representada, organizada —hasta para dejar de ser masa o por lo menos, para aspirar a ello—. Pero no ha venido al mundo para hacer todo eso por sí. Necesita referir su vida a la instancia superior, constituida por las minorías excelentes; pero sin ellos —sean unos o sean otros— la humanidad no existiría en lo que tiene de más esencial, y es cosa sobre la cual conviene que no haya duda alguna, aunque lleve Europa todo un siglo metiendo la cabeza debajo del alón, al modo de los estrucios, para ver si consigue no ver tan radiante evidencia. Porque no se trata de una opinión fundada en hechos más o menos frecuentes y probables, sino en una ley de la “física social” mucho más inmovible que las

leyes de la física de Newton. El día que vuelva a imperar en Europa una auténtica filosofía —única cosa que puede salvarla— se volverá a caer en la cuenta de que el hombre es, tenga de ello gana o nó, un ser constitutivamente forzado a buscar una instancia superior. Si logra por sí mismo encontrarla, es que ese hombre es un excelente; si no, es un hombre-masa y necesita recibirla de aquél” (1)

Si aceptamos esta doctrina hemos de convenir en que Spengler erró en su apreciación del “hombre-fáustico”. Echase de ver a las claras el olvido en que estuvo de lo que el propio Goethe dijo a Eckermann: “El Fausto es un tema inconmensurable y vanos serán los esfuerzos que gana el ingenio humano para penetrarlo del todo”.

Porque si es cierto que hay un Fausto —el más conocido por cierto, el que a su gusto han aprovechado pintores y músicos—; hay otro, que sólo a los sabios les es dado alcanzar. Abandona el primero sus filosofías a la invocación del Maligno y sale como el más vulgar de los galanes, en busca de una doncella candorosa. El otro, en cambio, no viene a descubrirsenos, sino cuando ya va camino de la cárcel, para hacer su última visita a Margarita. Abundan en la primera parte del relato descripciones y conceptos; faltan en el segundo las palabras y sólo se oye, como en ciertas partes de la tragedia griega, la música. En el primero, Fausto, es seductor; en el segundo, es seducido por la virtud. Hállase en este segundo Fausto, el filósofo, no a presencia de una joven bella, sino antes bien de un amor, que nada tiene ya de material. En él, Margarita truecase en un símbolo, en el símbolo mismo del amor, en su más noble acepción, y por lo mismo viene a identificarse con la Beatriz de la Divina Comedia; de suerte que Fausto puede, como el Dante, exclamar:

“Volgi, Beatrice, volgi gli occhii santi.....
che, per vederti, ha mossi passi tanti.

Estos ojos de Beatriz, que atraen al poeta cristiano, hacen mirar hacia arriba al más pagano de los poetas modernos y logran hacerle exclamar: “que todo lo perecedero, al fin no es sino simple figura y sombra del amor; pero hay un momento, en que el ideal se trueca en hecho y que en él

se realiza lo Inefable; momento es éste en que el Eterno-Femenino, es decir el amor puro, nos atrae". El "hombre-fáustico", que es como si dijéramos el pensador moderno, siente un mal en la misma superficialidad de su inteligencia; tiene una ansia de conocer la verdad, pero teme hallarla. Contra este mal, que es común a los hombres de estos días, menester es curarnos por obra del mismo Fausto, y sólo sobrevivirá esa curación cuando alguien, como a él, nos llame a las alturas.

JOSE ALEJANDRO BERMUDEZ

